

LO INTERNO Y LO EXTERNO EN LOS CAMBIOS POLITICOS DEL SUDAN

En la trayectoria general de los acontecimientos del mundo árabe durante los últimos meses de 1958, ha sido indudable que los cambios producidos, después del golpe de Estado en el Sudán, han constituido el punto de referencia más importante. En lo interno sudanés, porque se ha demostrado cómo el país del alto Nilo sigue siendo un factor esencial en las posiciones de equilibrio de todo sistema arábigo que tiene su centro y cabecera en El Cairo. En lo externo del continente africano y también del Próximo Oriente, ha podido comprobarse cómo la mayor parte de las posibilidades de evolución del país sudanés dependen del modo cómo pueda resolverse su confuso papel de puente entre Africa tropical y el conjunto árabe. Pero siempre predomina la fuerza de los factores geográficos; sobre todo el de la presencia y hegemonía de las influencias del Nilo, tanto en lo político y social como en lo demográfico y económico. Así, entre los gobernantes de El Cairo y los de Jartum, lo mismo cuando están de acuerdo que cuando discrepan, los mutuos intereses fluviales les obligan a procurar igualmente lograr buenas impresiones en la opinión pública y popular sudanesa.

En cuanto a los antecedentes cronológicos de los sucesos de fines de 1958, es evidente que tuvieron su punto de partida en los esfuerzos que después de la caída de la monarquía del Rey Faruq, en 1952, hicieron (en sentidos opuestos) los gobernantes ingleses de Londres y los militares de la Junta de El Cairo, para demostrar a las masas sudanesas que cada una de las dos partes era la más favorable a su autodeterminación. Esa demostración la consiguieron entonces los militares revolucionarios egipcios, dando por resultado el de que en las primeras elecciones sudanesas que se celebraron, en diciembre de 1953, triunfase una coalición de partidos unionistas-pro-egipcios que aspiraban a federar todo el Valle del Nilo. Siguió durante 1954 y 1955 un período de transición durante el cual el antiguo gobernador general inglés seguía haciendo el papel de casi un jefe de Estado o al menos de poder moderador provisional; mientras que un primer Gabinete-puente presidido por

el jefe unionista Ismail el Azhari, gobernaba con unos poderes más administrativos que políticos. En virtud de la renuncia de la Junta militar de El Cairo al antiguo estatuto de condominio anglo-egipcio de 1899, el Sudán había pasado a ser de derecho independiente; aunque faltaba tanto su proclamación como la transmisión del mando que desde aquel 1899 venían ejerciendo casi exclusivamente los británicos. Después de que en el 18 de diciembre de 1955 se realizó una repentina coalición de todos los partidos y movimientos políticos (incluso los anglófilos) para pedir la independencia completa, ésta fué decidida y proclamada por unanimidad en el Parlamento de Jartum el 20 de diciembre de 1955, y comenzó a regir desde enero de 1956.

Bajo el nuevo régimen de independencia completa siguió Ismail el Azhari siendo por algún tiempo jefe del Gobierno, pero gran parte de la influencia y popularidad que había adquirido la perdió cuando tuvo todo el poder. Desde su propio partido unionista, los más entusiastas pro-egipcios le acusaban de desviacionismo, y por eso se separó de él una fracción numerosa que en 1957 fué a engrosar el recién creado partido demócrata. Desde otro extremo completamente opuesto, el Azhari no podía contener los impulsos disconformes de los diputados federalistas negros que representaban las provincias del Sur. El Azhari tuvo que dejar el paso a un Gabinete de coalición provisional que presidía el coronel Abdullah Jalil; es decir, el secretario general del partido sudanés el Umma que era el más empeñadamente independentista. Aunque Jalil no actuaba entonces en tal sentido, sino en el de presidente de un Gobierno cuyo objeto era preparar nuevas elecciones, las primeras celebradas después de la independencia.

Esas elecciones legislativas tuvieron lugar el 27 de febrero y el 10 de marzo del corriente año 1958. En ellas presentaron candidatos los siguientes partidos:

1.º Partido de la Nación o «Umma» (llamado también, a veces, Nacionalista independiente). Creado en 1943 tenía por principal objetivo oponerse a que el Sudán volviese a unirse a Egipto, y estaba principalmente formado por adeptos del movimiento islámico sectario llamado «mahdismo» que dominó Sudán a sangre y fuego durante los finales del siglo XIX. Religiosamente los mahdistas pertenecen a la cofradía «Ansariyya» que dirige el anciano Chej Sayed Abdurrahman El Mahdi. Jefe del partido era, en cambio (y sigue siéndolo), un familiar de éste llamado Siddiq El Mahdi.

2.º Partido Nacional Unionista creado en 1952 y presidido por Ismail el Azhari que lo situó en el extremo opuesto al del Umma, aunque el primitivo programa unionista de fusión con Egipto había evolucionado en 1956 hacia las fórmulas de federación de dos repúblicas, egipcia y sudanesa.

3.º El Partido Demócrata Popular nacido en 1957 entre elementos disidentes del Partido Nacional Unionista, desea igual que éste el apretamiento de los lazos con Egipto; pero se diferencia exactamente en que la mayor parte de los dirigentes demócratas son adeptos de otra cofradía: la «Jatmiyya», dirigida por el Chej Sayel Ali Mirghani.

4.º Partido de Liberación Nacional, surgido en 1957 por una secesión de elementos no mahdistas, que antes apoyaban al Umma, pero se separaron para pedir un mayor sentido civil en el Estado sudanés, así como un alojamiento de las influencias parlamentarias de cofradías y tribus. Este partido es también favorable a Egipto.

5.º El Partido Liberal es desde 1952 portavoz de aquellos negros del Sur que piden autonomía de sus provincias dentro de un sistema federal. Los liberales tienen fama de ser los más inclinadamente anglófilos.

6.º El frente Anti-imperialista, agrupa desde 1952 elementos de extrema izquierda opuestos a toda relación con las potencias anglosajonas.

El resultado de las elecciones dió 68 puestos del Parlamento al partido de la Nación o Umma. El Nacional Unionista tuvo 45. El Demócrata Popular, 31. Los liberales del Sur, 25. Los independientes sueltos, 4. Volvió a formar gobierno el coronel Abdullah Jalil, apoyándose en los 68 diputados de su propio partido y en los 31 demócratas.

Detrás de las urnas electorales y detrás de los escaños parlamentarios, el triunfo había sido de las dos grandes cofradías. Adversarios desde el siglo XIX, hasta después de la supresión del reino de Egipto (al cual la Jatmiyya se sentía sentimentalmente vinculada), la evolución de los sucesos que después de 1954 extendió las tendencias laicas revolucionarias, hicieron que en 1957 los adeptos del Chej Mahdi y el Chej Mirghani realizasen un verdadero «frente religioso cofradista». Con él hubieran podido gobernar tranquilos muchos años, de no haber irrumpido el predominio de un factor económico.

Este ha sido el reparto definitivo de las aguas del Nilo, y la coordinación de sus planes de utilización en el regadío. Según el acuerdo vigente, que por iniciativa inglesa rige desde 1929, Egipto utiliza para sus propios regadíos 48.000.000 de metros cúbicos de aguas, y Sudán sólo 4.000.000. No obstante, quedan excedentes otros 32.000.000.000 que se vienen perdiendo en las lagunas y el mar o en evaporaciones y filtraciones. Desde la independencia sudanesa todos los grupos políticos de Jartum reclamaban un reparto más proporcionado de las aguas; y ese deseo ha influido sobre la trayectoria de las relaciones oficiales de El Cairo con Jartum. El Gobierno que Abdullah Jalil formó en marzo se encontró desde el primer momento con que los problemas del agua absorbían todos los demás. Desde entonces comenzaron a

negociarse y a regatearse las proporciones de un nuevo reparto. En las discusiones se oscilaba entre el máximo posible que sería un reparto de todo el agua por mitad, hasta un mínimo consistente en que Egipto cediese sólo la mitad del promedio anual del agua sobrante.

La decisión egipcia de iniciar la construcción de la gran presa de Assuán, aprovechando para ello el dinero, los equipos, etc., concedidos por el crédito ruso de 400.000.000 de rublos, hizo más urgente un arreglo previo con el Sudán, no sólo por el agua, sino porque parte del suelo sudanés quedaría inundado si se hiciese la nueva construcción. Después de la visita al alto Egipto del presidente Abdel Nasser, el 14 de noviembre, lo de la presa quedó netamente decidido. En Jartum todos los elementos pro-egipcios fueron puestos en movimiento, pues se decía que en la actitud de Abdullah Jalil de reservas y reticencias ante El Cairo podían obrar influencias de intereses económicos de determinadas empresas extranjeras. Al fin se había convocado la reapertura del Parlamento para el 17 de noviembre, y se preveía que, tanto los diputados demócratas como los independientes, tendrían que abandonar a Abdullah Jalil, y éste caería del Gobierno de un modo ruidoso.

Pero en la madrugada del mismo 17 de noviembre, es decir, pocas horas antes de la apertura parlamentaria, los tanques ligeros y los grandes carros de guerra de las fuerzas armadas sudanesas ocuparon inesperadamente en Jartum y Omdurmán, el aeropuerto, el ferrocarril, la estación de radio y los edificios oficiales. Al mismo tiempo, desde la emisora de Radio Omdurmán se daba cuenta de que bajo el mando del comandante en jefe de las tropas sudanesas, teniente general Ibrahin Abbud, el ejército acababa de incautarse del poder con el propósito de «buscar mayor estabilidad en el país». Se proclamaron el establecimiento de una Junta militar, la disolución del Parlamento y la prohibición de los partidos políticos, además de quedar en suspenso la constitución que venía rigiendo con carácter provisional. Por la tarde fué proclamada la ley marcial. El 18 fué constituido un nuevo Gobierno que presidido por el general Abbud (con título de mariscal), incluía también siete militares y cinco civiles. Aparte del Gobierno (que se creó como instrumento de ejecución) el supremo poder y la soberanía quedaron entre las manos de la Junta Militar de trece generales y coroneles. Entre los cuales figuran los siete miembros militares del Gobierno.

Después de haberse dado, sin víctimas ni incidentes, este tranquilo golpe de estado, el mayor interés y la mayor preocupación que se produjeron en los demás países, fué saber hasta qué punto los nuevos dirigentes de Jartum eran favorables o adversos a las grandes potencias llamadas «Occidentales». En París y Londres se ponía gran empeño en determinar hasta qué punto el ma-

riscal Abbud y sus colaboradores eran favorables o contrarios a la hegemonía de la R. A. U. en el sistema árabe. Pero desde un punto de vista estrictamente interno sudanés, lo fundamental no era nada de esto, sino el hecho de que detrás del golpe del 17 de julio estén juntas las dos grandes cofradías. A este fin ha de observarse que en el nuevo régimen militar aparecen juntas dos figuras importantes, una de las cuales ha sido el organizador y la otra el impulsor. El organizador Ahmed Abdel Wahab es un general de brigada, adjunto del mariscal Abbud y miembro, él mismo (Abdel Wahab) de la cofradía Ansaryya o mahdista. En cuanto al mariscal Ibrahim Abbud, se trata de un miembro de la cofradía Jatmiyya o mihanisa. Ibrahim Abbud ha sido impulsor en el sentido de que con él, el ejército se ha puesto en movimiento para tomar en sus manos en control de los asuntos públicos.

Podría así considerarse que el frente religioso musulmán sería el verdadero protagonista oculto de los cambios sobrevenidos en noviembre, y que la acción de las cofradías había determinado las proclamas que el mariscal Abbud hizo en los primeros momentos de que venía para poner fin a «un estado de degeneración, de caos y de inestabilidad reinante en el país, que amenazaba, tanto los intereses de los individuos, como los de la comunidad». Pero observadores neutros que hace tiempo vienen mostrando la influencia de los cambios económicos y laborales en la estructura de los grupos sociales de la producción sudanesa, habían ya dejado prever que el creciente arraigo de propagandas para separar lo político de lo religioso, hacía prever que las cofradías hiciesen algo para restaurar su predominio.

En todo caso, las perspectivas inmediatas hacen pensar que sean cuales fueren los antecedentes personales de los jefes militares de Jartum, su labor ha de encaminarse a afianzar los elementos nacionalistas de la soberanía sudanesa, elementos que hasta ahora seguían siendo incompletos, pues quedaban en uso de varios cuadros y sistemas procedentes de los tiempos de la ocupación inglesa. Esto explica que a pesar de antecedentes de formación profesional de estilo inglés que se han señalado para el mariscal Abbud y el general de brigada Abdel Wahab, ellos hayan decidido derribar y destruir las estatuas inglesas de Gordon y Kitchener; que antes plantadas en el centro de Jartum son ahora detestadas como «símbolo del colonialismo». Sean o no sinceras tales decisiones, desde luego responden a la necesidad de tener en cuenta el general sentido popular, tanto sudanés como egipcio.

Así se ha venido a parar una vez más a lo que siempre constituye el punto fundamental: o sea, el de las relaciones egipcio-sudanesas. En estas han de tenerse en cuenta antecedentes tan esenciales como el de que dentro de El Cairo habitan tantas personas sudanesas o de orígenes sudaneses como

en Jartum; además de la persistencia de la convicción de que egipcios y sudaneses viven casi exclusivamente en función de que el Nilo atraviesa los dos países. Entre ambos pueden variar los criterios sobre las formas de su cooperación, pero nunca la convicción de lo esencial de tal cooperación.

Cuando el mariscal Abbud, apenas incautado del poder, se apresuró a proclamar que antes que nada trataría de «estrechar las relaciones con la República Árabe Unida», podría creerse que tal declaración (poco conforme con los antecedentes separatistas de Abdel Wahab y del mismo Abbud) sólo era un preparativo para suavizar las futuras negociaciones; o todo lo más una concesión a la opinión callejera de los habitantes de la doble capital (Jartum-Omdurmán) entre los cuales se extienden cada vez más las simpatías hacia el régimen de Gamal Abdel Nasser. Por otra parte, y atendiendo a la R. A. U., se ha podido creer desde algunas capitales europeas que el apresuramiento puesto por el Gobierno de El Cairo para reconocer (antes que ningún otro país) al nuevo régimen de Jartum, era otra «habilidad» del Presidente Abdel Nasser para responder a una necesidad de prestigio ante el resto del mundo árabe. Pero después se ha notado el empeño que los dirigentes militares de Jartum han puesto en reafirmar y confirmar su presencia y su puesto dentro de la Liga Árabe; lo cual es sobre todo una demostración del deseo de no apartarse ni ponerse en contra de la trayectoria de la República Árabe Unida. Aunque por ahora sigue siendo evidente que la vinculación egipcia no excluye el mantenimiento y el reforzamiento del papel de moderación prudente que el Sudán viene desempeñando dentro del sistema arábigo (con igual posición neutralista ante todas las grandes potencias), respecto al porvenir, el arraigo del egipcismo en los ambientes políticos de Jartum parece destinado a ir creciendo día a día. Incluso, porque la extensión entre los sudaneses de las formas de vida y educación moderna extiende precisamente el ejemplo de los modos de vida egipcios; reforzando de paso la propensión a que el Valle del Nilo llegue a integrarse algún día dentro de la misma comunidad de destinos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

